

esta aserción, muestran árboles donde el rayo ha trazado la imagen de una serpiente. Acontece con frecuencia que las tormentas incendian las selvas, y en este caso, el incendio no se extingue hasta que encuentra la corriente de algún río, convirtiéndose en lagos y pantanos estas selvas abrasadas.

El chorlito cuya voz se escucha en el cielo en medio de la lluvia y el trueno, nos anuncia el fin de la borrasca; y desgarrando el viento las nubes que vuelan quebradas á través del cielo, las siguen el trueno y los relámpagos íntimamente unidos á sus flancos: el aire se hace frío y sonoro, y solo quedan de aquel diluvio gotas de agua, que caen á manera de perlas de las hojas de los árboles. Nuestras redes y provisiones de viaje flotan en las canoas, llenas de agua hasta la escotadura de los remos.

El país habitado por los Creeks (confederación de los Muscogulgos, Siminoles y Queroqueses), es encantador. De distancia en distancia, la tierra está taladrada por una multitud de recipientes que se llaman pozos, y que son mas ó menos anchos y mas ó menos profundos, segun el caudal que reciben por las comunicaciones subterráneas que tienen con los lagos, pantanos y ríos. Todos estos pozos están colocados en el centro de una montañuela plantada de los árboles mas bellos, y cuyos cóncavos senos, se asemejan á las paredes de un vaso lleno de un agua pura. Brillantes peces nadan en el fondo de sus aguas.

En la estación de las lluvias, las sábanas se convierten en lagos sobre las cuales se elevan á manera de islas los montecillos de que acabamos de hablar.

Cuscowilla, aldea siminola, está situada sobre una cadena de colinas arcillosas, á cuatrocientas toesas de un lago: unos abetos separados unos de otros y tocándose solo por las copas, separan el pueblo y el lago, y entre sus troncos, á manera de columnatas, se distinguen varias cabañas, el lago y sus márgenes, unidas por un lado á las selvas, y por otro á las praderas. No de otro modo se muestran el mar, el llano y las ruinas de Atenas, á través de las columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico.

Difícil sería imaginar cosa mas hermosa que las cercanías de Apalachuela, la ciudad de la paz. Saliendo del río Chata-Uche, el terreno se eleva progresivamente apartándose del horizonte por el Occidente; pero no por medio de una pendiente uniforme, sino por una especie de plataformas sobrepuestas unas á otras.

A medida que se adelanta por aquellas especies de terrados, los árboles cambian segun la elevación del suelo: al borde del río se crían encinas-sauces, laureles y magnolias; mas arriba sasafrás y plátanos; despues pinos y nogales, y en el último terrado está plantado un bosque de encinas, entre las cuales se observa la especie que cria largos musgos blancos: esta selva está coronada por rocas desnudas y quebradas.

Multitud de riachuelos descienden serpenteando de aquellas rocas, y ora corren entre flores y verdura, ora caen en cristalinas cascadas. Cuando colocado al otro lado del río Chata-Uche se descubre aquella vasta escalinata, coronada por la arquitectura de las montañas, se creeria ver el templo de la naturaleza y las magníficas gradas que conducen á aquel monumento.

Al pié de este anfiteatro hay una llanura donde pacen rebaños de toros europeos, escuadrones de caballos de raza española, hordas de gamos y ciervos, batallones de grullas y pavos, que á manera de mármoles cubren de blanco y negro el fondo verde de aquella sámana. Aquella asociación de animales domésticos y montaraces, y las chozas siminolas donde se descubren los progresos de la civilización á través de la ignorancia india, acaban de dar á aquel cuadro un carácter peculiar.

Aquí termina propiamente hablando el *Itinerario* ó

la Memoria de los sitios recorridos; pero quedando en las diversas partes del manuscrito una multitud de detalles acerca de las costumbres y usos de los indios, he reunido estos detalles en capitulos comunes, despues de haberlos revisado cuidadosamente, y unido á ellos mi narración hasta la época actual. Despues de treinta y un años que han transcurrido desde mi viaje, las luces y las cosas se han modificado, así en el Antiguo como en el Nuevo-Mundo; y estos acontecimientos naturalmente habian de modificar las ideas y rectificar los juicios del escritor. Antes de pasar á las *Costumbres de los salvajes*, me será permitido trasladar algunos bosquejos de *Historia Natural* de la América Septentrional.

HISTORIA NATURAL.

CASTORES.

Quando se observan por primera vez las obras de los castores, no se puede menos de admirar al que enseña á una pobre y pequeña bestia el arte de los arquitectos de Babilonia, y nada mas frecuente que enviar el hombre, tan arrogante con su genio, la escuela de los castores.

Estas admirables criaturas buscan un valle donde corra un riachuelo, que atajan con una calzada: el agua, encontrando aquel obstáculo, se eleva y llena bien pronto el intervalo comprendido entre las dos colinas, y en este depósito construyen los castores sus habitaciones. Detallemos la construcción de la calzada.

Por cada uno de los lados opuestos de las colinas que forman el valle, empieza una serie de empalizadas entrelazadas con ramaje y revestidas con una especie de mortero. Esta primera serie de trabajos está resguardada por otra, colocada á quince piés mas atrás de la primera, y el espacio que media entre ambas está colmado de tierra.

El dique continúa avanzando con igualdad por ambos lados del valle, hasta que no queda ya mas que una abertura de unos veinte piés de largo en el centro; pero como en este punto la corriente obra con energía, los ingenieros cambian los materiales, y para evitar una catástrofe, refuerzan por el centro estas construcciones hidráulicas con troncos de árboles apilados unos sobre otros, y ligados en conjunto por un cemento parecido al de las empalizadas. Este dique, que con mucha frecuencia tiene cien piés de largo, por quince de alto y doce de ancho en su base, disminuye de espesor en una proporción matemática á medida que se eleva, terminando en un plano horizontal de tres piés superficiales.

La parte de la calzada que está opuesta al agua, va bajando gradualmente en declive, mientras que la parte exterior conserva un perfecto aplomo.

Previsto todo esto, el castor calcula por la altura del dique, cuántos piés tendrá su habitación futura, y sabe que pasado determinado número de piés, no debe temer los efectos de la inundación, porque aunque la hubiese, pasaria sobre el dique. Por consecuencia, una morada que supere aquel dique le proporcionará un asilo en las grandes crecidas: algunas veces ademas practica una esclusa de seguridad que abre ó cierra segun las circunstancias.

El artificio de que se valen los castores para derribar los árboles, es sumamente curioso; debiéndose observar cuidan siempre de elegir los que se hallan á la orilla de algún río. Un número de trabajadores, proporcionado á la importancia de la obra que se trata de emprender, roe sin descanso las raíces, poniendo especial atención en no cortar el árbol por

la parte de tierra, sino por la del agua, á fin de que cuando caiga lo verifique sobre la corriente. Un castor colocado á alguna distancia, advierte con un silbido á los leñadores el momento en que se inclina la copa del árbol atacado, á fin de que se preserven de la caída; y cuando esta se ha verificado, los obreros arrastran el tronco, á manera de balsas, hasta sus ciudades; no de otro modo hacian bajar los egipcios por el Nilo los obeliscos labrados en las canteras de la Elefantina, para embellecer sus metrópolis.

Los palacios de la Venecia del desierto, construidos en el lago artificial, tienen dos, tres, cuatro y hasta cinco pisos, segun la profundidad del lago. El edificio, elevado sobre sólidas estacadas, queda descubierto en los dos tercios de su altura, sosteniendo las seis estacas clavadas en el cauce del río, el primer pavimento formado de varetas de abedul, cruzadas unas con otras. Sobre este piso se eleva el vestíbulo del monumento, y las paredes de él, encorvadas y redondeadas en bóveda, se cubren con una arcilla pulida como el estuco. En el pavimento del pórtico hay practicada una trampa por la cual bajan los castores á bañarse ó á buscar las ramas de álamo que les sirven de alimento, y que se hallan amontonadas en un almacén comun construido debajo del agua, entre las estacas que forman el cimicento de las diversas habitaciones. El primer piso del palacio sustenta otros tres formados de la misma manera, pero divididos en tantos departamentos cuantos castores hay, no pasando generalmente de diez ó doce, divididos en tres familias; estas familias reunidas en el vestíbulo ya descrito, comen en compañía, observándose por do quiera el mayor orden y regularidad. Ademas del piso del baño hay otras dos salidas para las diversas necesidades de los habitantes: todas las habitaciones están tapizadas de retoños de abeto, y en ellas no se tolera la menor suciedad. Cuando los propietarios van á su casa de campo, edificada á la orilla del lago, y construida como la de la ciudad, nadie se atreve á ocupar el lugar que les corresponde, quedando vacío su departamento hasta que vuelven. En la época en que se derriten las nieves, los ciudadanos se retiran á los bosques.

Así como hay una esclusa para los casos en que el río viene con todo el lleno de las aguas, hay tambien un camino secreto para la evacuación de la ciudad, á semejanza de los subterráneos de los castillos góticos abiertos debajo de las rocas, que desembocaban en la campiña.

Hay ademas de todas estas construcciones, habitaciones destinadas á los enfermos. ¡Y un animal débil é informe termina trabajos tan sorprendentes, y medida cálculos tan exactos!

Hácia el mes de julio, los castores celebran un consejo general, y en él examinan si convendrá mas reparar la antigua ciudad y la antigua calzada, ó si será mejor construir una ciudad nueva y un nuevo dique. Cuando faltan los viveres en la parte en que se habian establecido, ó cuando las obras han sido destruidas por la acción de las aguas ó las pesquisas de los cazadores, deciden formar otro establecimiento; pero si juzgan por el contrario que puede subsistir el primero, se sitúan de nuevo en las antiguas viviendas, y preparan las provisiones de invierno.

Los castores tienen un gobierno regular, y entre sus funcionarios, si así puede decirse, figuran los ediles, nombrados para vigilar por la conservación de la policía de la república. Durante el trabajo colectivo, se establecen centinelas para evitar toda sorpresa; y si algún ciudadano rehusa desempeñar la parte que le haya cabido en la distribución de las cargas públicas, se pronuncia contra él la sentencia de destierro, y mediante ella se ve obligado á arrastrar una existencia vergonzosa, metido en un agujero y retirado del resto de la especie. Los indios dicen que el cas-

tor perezoso, castigado de este modo, vive flaco y estenuado, llevando el lomo pelado como sello de ignominia. ¿De qué sirve á estos animales tanta inteligencia? El hombre respeta las bestias feroces y extermina los castores, como tolera los tiranos y persigue la inocencia y el genio.

La guerra no es desconocida por desgracia á los castores, pues con frecuencia se suscitan entre ellos discordias civiles, independientemente de las disidencias extranjeras que tienen con las ratas almizeladas. Cuentan los indios que si es sorprendido un castor merodeando en el territorio de una tribu que no es la suya, se le conduce inmediatamente á presencia del jefe de aquella tribu, donde es castigado por via de corrección; pero si reincide, se le corta aquella cola que tan útil le es como medio de transporte y de construcción, y vuelve mutilado al seno de la amistad que se arma para vengar su injuria. Esta diferencia suele con frecuencia dirimirse por un duelo entre los jefes de ambas tropas, ó por un combate singular de tres contra tres, ó treinta contra treinta, á manera del combate de los Curiaños y de los Horacios. ó de los treinta bretones contra los treinta ingleses. Las batallas son generalmente sangrientas, y los salvajes que acuden para despojar á los muertos, han encontrado tendidos en el campo del honor, mas de quince de aquellos valientes animales. Los castores que han conseguido la victoria, se apoderan de la ciudad de los vencidos, y segun lo exijan las circunstancias, ó establecen en ella una colonia ó dejan una guarnición.

La hembra del castor concibe dos, tres y hasta cuatro hijos, y los alimenta é instruye durante un año. Cuando la población se ha acrecentado demasiado, los castores de corta edad van á formar un nuevo establecimiento, á manera de un enjambre de abejas escapado de la colmena. El castor vive castamente con una sola hembra, y es tan celoso, que algunas veces mata á su compañera, lo mismo por causa que por sospecha de infidelidad.

La longitud media del castor es de dos piés y medio á tres, y el ancho, medido de un lado á otro, de cerca de catorce pulgadas; puede llegar á pesar cuarenta y cinco libras, y su cabeza se parece á la de la rata; sus ojos son pequeños, sus orejas cortas, desnudas por dentro y velludas por fuera; sus patas delanteras solo tienen tres pulgadas de largo, y están armadas de uñas cóncavas y agudas; sus patas traseras, palmeadas como las del cisne, le sirven para nadar; la cola es plana, de una pulgada de espesor, y cubierta de escamas exájonas y dispuestas en forma de tejas como las de los peces, y usa de ella á modo de llana y carretilla. Sus mandíbulas, extremadamente fuertes, se cruzan como las hojas de una tijera, y cada una de ellas está guarnecida de diez dientes, de los cuales los dos incisivos tienen dos pulgadas de longitud, y le sirven para cortar los árboles, cuadrar sus troncos, arrancar su corteza y triturar las maderas tiernas de que se alimenta.

El animal por lo regular es negro, y muy rara vez blanco ó moreno; tiene dos pieles, la primera larga, cóncava y lustrosa, y la segunda formando una especie de vello sumamente delicado, crece bajo la primera, y es la que se emplea en el fieltro. El castor vive veinte años. La hembra es mas gruesa que el macho, y su piel tira mas á gris por el vientre. No es cierto que el castor se mutila cuando cae vivo en manos de los cazadores, á fin de sustraer á su posteridad de la esclavitud. Necesario es, pues, buscar otra etimología á su nombre.

La carne de los castores nada vale, de cualquier modo que se la guise; pero á pesar de esto, los salvajes la conservan despues de haberla curado al humo, y usan de ella cuando les faltan los viveres.

La piel del castor es fina sin ser cálida, razon por

la que en otro tiempo no fue apreciada la caza del castor entre los indios, siendo la más honrosa la de los osos, porque en ella hallaban utilidad y peligro. Contentábanse con matar algunos castores para llevar el despojo como adorno, pero no se inmolaban poblaciones enteras. El precio que los europeos han dado á este despojo, es el único que ha llevado al Canadá el exterminio de estos cuadrúpedos, que ocupan por su instinto el primer lugar entre los animales.

Al presente es preciso andar mucho en dirección á la bahía de Hudson para hallar castores, y aun allí no ofrecen la misma industria, porque el clima es muy frío; disminuidos en número, han perdido en inteligencia, y por lo tanto no se desarrollan las facultades, hijas de la asociación. (1)

Estas repúblicas contaban en otro tiempo ciento y ciento cincuenta ciudadanos, y algunas veces más. Cerca de Quebec se veía un estanque formado por los castores, que sostenía con su caudal de agua un molino de sierra. Los depósitos de agua formados por estos anfibios eran sumamente útiles, puesto que proveían de agua á las piraguas que cruzaban los ríos durante el estío. De este modo los castores hacían para los salvajes de la Nueva-Francia el mismo servicio, que lo que un talento ingenioso, un gran rey ó un gran ministro, hicieron en la antigua para los hombres civilizados.

OSOS.

Los osos son de tres especies en América: el oso moreno ó amarillo, el oso negro y el oso blanco. El primero es pequeño y frugívoro, y trepa á los árboles.

El oso negro es mayor y se alimenta de carne, de peces y de frutos, pescando con singular destreza. Sentado en la margen de un río, agarra con su pata derecha el pez que ve pasar, y lo saca á tierra. Si despues de haber satisfecho el hambre le sobra algo de su comida, la oculta. Duerme una parte del invierno en los cubiles ó en los huecos de los árboles donde se retira; y cuando sale de su letargo, en los primeros días de marzo, su principal cuidado es purgarse con simples:

Il vivait de regime et mangeait á ses heures.

El oso blanco ó marino, frecuenta las costas de la América Septentrional, desde las costas de Terranova hasta el fondo de la bahía de Baffin, y es el feroz guardian de aquellos helados desiertos.

CIERVO.

El ciervo del Canadá es una especie de reno que se puede domesticar. Su hembra, que carece de astas, es de forma agradable, y si tuviera las orejas más cortas, se parecería mucho á una ligera yegua inglesa.

DANTA.

Este animal tiene el hocico de camello, las astas aplastadas del gamo, y las piernas del ciervo. Su piel está mezclada de gris, blanco, rojo y negro; su carrera es rápida. Segun los salvajes, los dantas tienen

(1) Se han hallado castores entre el Misuri y el Misisipi; pero donde abundan de un modo extraordinario, es allende las montañas Rocallosas, en los brazos del Colombia. Ocupada esta region por los europeos, no tardarán en ser exterminados los castores que en ella viven, pues ya en el año último (1826), se han vendido en San Luis, en el Misisipi, cien fardos de piel de castor, de cien libras cada uno, á cinco gaudes la libra de tan preciosa mercancía.

un rey llamado el *gran danta*, y sus súbditos le rinden toda especie de homenajes. El gran danta tiene las piernas tan altas, que una nevada de ocho piés apenas le causa embarazo. Su piel es invulnerable: tiene un brazo que le sale de la espalda, y del que se sirve para los mismos usos que los hombres de los suyos.

Los ju-lares ó sacerdotes pretenden tiene el danta un hueso en el corazon que reduceido á polvo, quita los dolores de parto, y dicen que la uña del pié izquierdo de este cuadrúpedo, aplicado al corazon de los epilépticos, los cura radicalmente. El danta, añaden, está sujeto á la epilepsia, y cuando presiente el ataque, se sangra en la oreja izquierda con su pezuña izquierda y se alivia.

BISONTE.

El bisonte tiene unos cuernos bajos, negros y cortos, y ostenta una larga barba de crin, pendiéndole hasta los ojos un mechón de pelo semejante al de la barba, y que naciendo entre los cuernos le cae en descompuertas greñas. Su pecho es ancho, su grupa afilada; su cola espesa y corta; sus piernas gruesas y vueltas hácia fuera; una giba, de pelo bermejo y largo y semejante á la primera del dromedario, se eleva sobre sus espaldas. El resto de su cuerpo está cubierto de una lana negra que los indios hilan para hacer sacos para el trigo, y telas para cubiertas. Este animal tiene un aspecto feroz, y sin embargo es muy manso.

Entre los bisontes, ó mejor dicho entre los búfalos, palabra española inglesada, hay algunas variedades. Los mayores son los que se encuentran entre el Misuri y el Misisipi, y se acercan á la talla de un elefante de mediana alzada. Tienen el aspecto del leon por la crin, el del camello por la giba, el del hipopótamo ó del reinoceronte por la cola y la piel de los cuartos traseros, y el del toro por los cuernos y las patas.

En esta especie, el número de las hembras supera en mucho al de los machos. El toro enamora á la becerria galopando en círculo á su alrededor, mientras que ella inmóvil en el centro de la circunferencia trazada por el macho, muge con dulzura. Los salvajes imitan en sus juegos propiciatorios estos giros, que llaman la *danza del bisonte*.

Este no tiene período fijo de emigración, y aunque se ignora donde va, parece agradaarle mucho la parte septentrional en el estío, puesto que se le ha hallado en las orillas del lago del Esclavo, y se le ha encontrado hasta en las islas del mar Polar, siendo probable visite tambien los valles de las montañas Rocallosas, por el Oeste, y las llanuras de Nuevo-Méjico, al Mediodía. Los bisontes son tan numerosos en las verdes estepas del Misuri, que cuando emigran; su conjunto tarda algunas veces muchos días en desfilar, como si fuera un inmenso ejército: cuando marchan, el ruido que producen se oye á muchas millas de distancia, sintiéndose igualmente temblar la tierra hollada por sus pezuñas.

Los indios adoran con perfección la piel del bisonte con la corteza del abedul, y el hueso de la espalda de aquel les sirve de carda.

La carne del bisonte, cortada en trozos anchos y delgados y secada al sol ó al humo, es muy sabrosa, y se conserva muchos años como el jamon; las gibas y las lenguas de las vacas son las partes más gustosas para comerlas en fresco. Quemado el estiércol del bisonte, produce una brasa fuerte, y es un gran recurso en las sábanas donde falta madera. Este útil animal proporciona á la vez los alimentos y el fuego del festín. Los sioux encuentran en sus despojos la cama y el vestido. El bisonte y el salvaje, situados en el mismo suelo, son el toro y el hombre en el estado natural, y parecen aguardar ambos más que un surco, para hacerse el uno doméstico y el otro civilizado.

RAPOSA Ó FUINA.

La fuina americana tiene cerca de la vejiga un pequeño saco lleno de un licor bermejo, y cuando es perseguida, arroja aquel agua al huir; el olor de ella es tal, que los cazadores y los perros mismos abandonan la presa, y si el agua que lo produce llegan á alcanzar á los vestidos, los impregna y los hace perder su vista. Este olor es una especie de almizcle penetrante, que ocasiona vértigos, y los salvajes pretenden es un remedio eficaz para los dolores de cabeza.

ZORRO.

Los zorros del Canadá son de la especie común, variando solo en que tienen teñida de un negro lustroso la extremidad del pelo. Sabido es el modo que tienen de apoderarse de las aves acuáticas, y La Fontaine, el primero de los naturalistas, no lo ha olvidado en sus inmortales cuadros.

El zorro canadiense, se situa en la orilla de un lago ó de un río, y da mil saltos y brinco; el ánsar y los patos, encantados de aquellas gracias, se acercan para observarle mejor, y entonces sentado sobre sus piernas traseras menea dulcemente la cola. Las aves, cada vez más satisfechas, saltan á la ribera y se acercan hácia el astuto cuadrúpedo, que afecta tanta tontería como ellas tienen en acercarse. Bien pronto la necia volátil toma confianza hasta el punto de ir á picar la cola del zorro, que se lanza sobre su presa.

LOBO.

Diversas son las especies de lobos que hay en América; pero el que se llama *cerval* va durante la noche á ladrar en torno de las habitaciones. Nunca suele ahullar más que una vez en el mismo sitio, y su rapidez es tan grande, que en menos de algunos minutos se oye su ladrado á una distancia prodigiosa de la parte en que ha dado su primer grito.

RATA ALMIZCLADA.

La rata almizclada se alimenta en la primavera de los renuevos de los arbustos, y en estío de las fresas y frambuesas; en otoño come bayas de brezos, y en invierno raíces de ortigas. Edifica y trabaja como el castor, y cuando los salvajes matan uno de estos animales, se entristecen extraordinariamente: hacen humaredas al rededor de su cuerpo que rodean de manitas deplorando su parricidio, pues entre ellos pasa la hembra de la rata almizclada por la madre del género humano.

CARCAJU.

El carcajú es una especie de tigre ó gato grande, y es célebre el modo con que caza al danta por medio de sus aliados los zorros. Sube á un árbol, se oculta agazapado en una rama cortada por junto al tronco, y se envuelve por decirlo así en su espesa cola, que le rodea tres veces el cuerpo. Poco despues se oyen ahullidos lejanos, y se ve aparecer al danta, acosado por tres zorros, que procuran dirigirle hácia la emboscada del carcajú. En el instante en que la bestia, lanzada al peligro, pasa por debajo del árbol fatal, el carcajú cae sobre ella, la oprime el cuello con su cola y procura cortarle con los dientes la vena yugular. El danta brinca, hiere al aire con sus astas, rompe la nieve con sus piés, se arrastra sobre sus rodillas, huye en línea recta, reclusa, se acurruca, anda á saltos, sacude su cabeza; pero sus fuerzas se agotan, sus costados

jadean, su sangre corre á lo largo de su cuello, sus rodillas tiemblan y se doblan por fin. Los tres zorros acuden á la matanza; y el carcajú, tirano equitativo, divide en partes iguales la presa entre él y sus satélites. Los salvajes no atacan nunca en tan crítico momento al carcajú y los zorros, porque dicen sería injusto arrebatarse á aquellos cazadores el fruto de sus fatigas.

AVES.

Las aves en América son mucho más numerosas y variadas de lo que á primera vista se creyó, habiendo sucedido lo mismo en Africa y Asia. Los primeros viajeros solo fijaron la atención en aquellos grandes y brillantes volátiles que parecen flores en los árboles; pero despues se ha descubierto una multitud de pequeñas aves cantoras cuyo gorgo es tan dulce como el de nuestra silvia.

PECES.

Los peces, en los lagos del Canadá, y sobre todo en los de la Florida, son de una hermosura y brillantez admirables.

SERPIENTES.

La América puede decirse que es la patria de las serpientes. La serpiente de agua, que se parece mucho á la de cascabel, carece sin embargo de este distintivo y del veneno, y se la encuentra por donde quiera.

Muchas veces he hablado en mis obras de la serpiente de cascabel, y sabido es que los dientes de que se sirve para esparcir su veneno, no son con los que come. Púedasele arrancar los primeros, y en este caso solo queda una hermosa serpiente llena de inteligencia, y que ama apasionadamente la música. En los ardores del medio día, en el más profundo silencio de las selvas, hace oír su cascabel para llamar á la hembra; signo de amor, y único ruido que hiere entonces el oído del viajero.

La hembra concibe algunas veces veinte hijos, y cuando son perseguidos, se refugian en la boca de su madre, como si se quisieran ocultarse en el seno materno.

Las serpientes en general, y especialmente la serpiente de cascabel, son muy veneradas por los indígenas de América, que les atribuyen un espíritu divino, y las domestican hasta el punto de hacerlas ir á pasar el invierno metidas en unas cajas al hogar de una cabaña. Estos singulares penates salen de sus habitaciones en la primavera, para tornarse á los bosques.

Una serpiente negra que tiene un anillo amarillo en el cuello, es bastante mala, y otra enteramente negra, sin ponzoña, sube á los árboles y caza las aves y las ardillas. Encanta al ave con sus miradas, ó por mejor decir, la espanta, pues este efecto del miedo, que se ha querido negar, es hoy indudable: si el miedo sujeta las piernas al hombre, ¿por qué no quebrará las alas al ave?

La serpiente leveris, la serpiente verde, y la serpiente manchada, toman sus nombres de sus colores y de los dibujos de su piel, y sobre ser completamente inocentes, tienen una hermosura extraordinaria.

La más admirable de todas, es la serpiente llamada de vidrio, á causa de la fragilidad de su cuerpo, que se quiebra al menor contacto. Este reptil es casi transparente, y refleja los colores como un prisma. Vive de insectos y no hace daño alguno; su longitud es la de una culebra pequeña.

La serpiente espinosa es corta y gruesa, y tiene un dardo en la cola con el que hiere mortalmente.

La serpiente de dos cabezas es poco común, y se

parece bastante á la víbora, pero sus cabezas no están comprimidas.

La serpiente silbadora se ha multiplicado mucho en la Georgia y las Floridas: tiene diez y ocho piés de longitud, y su piel está sembrada de manchas negras en un fondo verde. Cuando se acercan á ella, se aplasta, ofrece á la vista deferentes colores, y abre la boca silbando. Debe procurarse cuidadosamente no entrar en la atmósfera que la rodea, porque tiene el poder de descomponer el aire que la circunda, y este aire, aspirado imprudentemente, produce la languidez. El hombre atacado desfallece, sus pulmones se vician y al cabo de algunos meses muere de consunción: esta es la opinion de los habitantes del país.

ARBOLES Y PLANTAS.

Los árboles, arbustos, plantas y flores trasplantados á nuestros bosques, campos y jardines, anuncian la variedad y riqueza del reino vegetal en América. ¿Quién no conoce hoy el laurel coronado de rosas, llamado *magnolia*, el castaño que lleva un verdadero jacinto, el catalpa que reproduce la flor de naranjo, el tulípero que toma el nombre de su flor, el arce azucarero, el haya purpúrea, el sasafrás, y entre los árboles verdes y resinosos, el pino de lord Weymouth, el cedro de la Virginia, el balsamero de Gilead y el ciprés de la Luisiana de raíces nudosas, tronco enorme, y cuyas hojas se asemejan a un encaje de musgo? Las lilas, las azáleas y las pompaduras, han enriquecido nuestras primaveras; las aristolóquias, las asterias, las bigonias, las decumarias y los celustris han mezclado sus flores, sus frutos y sus perfumes á la verdura de nuestras yedras.

Las plantas floridas son innumerables: la efímera de Virginia, el helonias, el lirio del Canadá, el lirio llamado *sobertio*, la tigridia de penacho, la aquilea rosácea, la dalia, la helenia de otoño y los *phlox* de todas especies, se confunden hoy con nuestras flores nativas.

En fin, hemos exterminado casi por completo la poblacion salvaje, y América nos ha dado la patata, que evita para siempre el hambre entre los pueblos destructores de los americanos.

ABEJAS.

Todos estos vegetales alimentan brillantes insectos. Estos han recibido en sus tribus nuestra mosca de miel que ha ido á descubrir aquellas sábanas y selvas embalsamadas, de que se contaban tantas maravillas. Háse observado que los colonos son frecuentemente precedidos en los bosques de Kentucky y de Tenesee por las abejas; vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilizaci6n que anuncian. Extranjeros en la América, llegados en pos de las velas de Colon, estos conquistadores pacíficos no han arrebatado á un nuevo mundo de flores sino los tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales, y no se han servido de aquellos tesoros, sino para enriquecer el suelo de que los habian extraido. ¿Cuánto no deberiamos felicitarlos, si todas las conquistas se pareciesen á las de aquellas hijas del cielo!

Las abejas empero han tenido que rechazar las miriadas de cínifas y mosquitos que atacaban sus cínifas en los troncos de los árboles; mas su genio ha triunfado de aquellos envidiosos, perversos y deformes enemigos. Las abejas han sido reconocidas como reinas del desierto; y su monarquía administrativa se ha establecido en los bosques al lado de la república de Washington.

COSTUMBRES DE LOS SALVAJES.

De dos modos igualmente incompletos puede pintarse á los salvajes de la América Septentrional: el uno ocupándose solo de sus leyes y costumbres, sin entrar en el detalle de sus trajes caprichosos y de sus hábitos con frecuencia repugnantes para los hombres civilizados, y en este caso no se tendrán mas que griegos y romanos, porque las leyes indias son graves y las costumbres en muchos casos llenas de atractivos.

Y el otro modo, por el contrario, representando solo los usos y trajes de los salvajes, prescindiendo de sus leyes y costumbres; en este caso solo hallamos cabañas ahumadas é infectas, en las cuales viven retirados una especie de monos con palabra. Sidonio Apolinar se lamentaba de verse obligado á oír el ronco lenguaje del germano y á frecuentar la compañía del borgoñon que se frotaba con manteca los cabellos.

Ignoro si la rústica vivienda del viejo Caton, en el país de los Sabinos, era mucho mas aseada que la choza del iroqués. El maligno Horacio sería el único que podria sacarnos de dudas.

Si se pinta con los mismos caracteres á todos los salvajes de la América Septentrional, se alterará indudablemente el parecido, pues los salvajes de la Luisiana y de la Florida, difieren en muchas cosas de los del Canadá; y por lo tanto, sin pretensiones de trazar la historia particular de cada tribu, he reasumido, cuanto he podido adquirir acerca de los indios bajo los títulos siguientes:

Matrimonios. hijos, funerales; cosechas, fiestas, danzas y juegos; año, division y cómputo del tiempo, calendario natural; Medicina; lenguas indias; caza; guerra; Religion; gobierno, y por último, en una conclusion que abraza la sociedad india bajo todos aspectos, presento la América tal como se ofrece hoy á la consideracion del viajero y del observador.

MATRIMONIOS, HIJOS, FUNERALES.

Conócense dos especies de matrimonios entre los salvajes: el primero se verifica por la simple conformidad del hombre y la mujer, y en este caso, el compromiso es de mas ó menos duracion, segun el plazo que ha placido fijar á la pareja. Terminado esté, los dos esposos se separan á imitacion del concubinato legal europeo de los siglos octavo y noveno de nuestra era.

El segundo enlace se ejecuta tambien en virtud del mútuo consentimiento del hombre y la mujer, pero mediante la intervencion de los parientes. Aunque este matrimonio carece de limite, puede romperse pasado un número determinado de años, y se ha observado que entre los indios se prefiere el segundo matrimonio, es decir, el legitimo, por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvaje ha resuelto contraer matrimonio legal, va á hacer la peticion á los parientes de la novia, acompañado de su padre. Este se adorna con un traje que estrena para esta solemnidad; engalana tambien su cabeza con plumas nuevas, se quita la antigua pintura de su rostro para reemplazarla con un nuevo afeite; muda el anillo que pende de su nariz ó de sus orejas; toma en su mano derecha un calumet forrado de blanco, y cuyo cañon azul está adornado con plumas de colas de aves, y en su mano izquierda sostiene el arco con la cuerda floja, á guisa de baston. Su hijo le sigue cargado de pieles de osos, de castores y dantas, y lleva dos collares de porcelana de cuatro vueltas y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen primero á la casa del pariente mas anciano de la novia; entran en su cabaña, se sientan ante él en una estera, y el padre del jóven guerrero, tomando la palabra, dice: «Hé aquí unas pieles; los dos collares, el calumet azul y la tórtola, piden tu hija en matrimonio.»

Si son aceptados los presentes, el matrimonio está concluido, porque el consentimiento del abuelo ó del saquem mas antiguo de la familia, implica el consentimiento paterno. La edad es la fuente de la autoridad entre los salvajes; y así cuanto mas anciano es un hombre, mas poder tiene. Estos pueblos derivan el poder divino de la eternidad del Gran Espiritu.

Algunas veces suele el viejo imponer ciertas restricciones á su consentimiento, aun cuando acepte los presentes, y esto se da á entender, cuando despues de haber aspirado por tres veces el vapor del calumet, el fumador arroja la primera bocanada en lugar de tragársela como ejecuta cuando el consentimiento es pleno.

De la cabaña del viejo pariente, pasan al hogar de la madre y de la jóven prometida, y cuando los sueños de esta han sido infaustos, su espanto es grande. Para ser favorables los sueños no han de haber representado espíritus, antepasados, ni patria, sino cunas, aves y ciervas blancas. Hay no obstante un medio infalible de conjurar los ensueños funestos, y es el suspender un collar rojo al cuello de un muñeco hecho de encina: la esperanza de los hombres civilizados ha colocado tambien collares rojos en sus muñecos.

Desde esta primera peticion hasta la conclusion del matrimonio, pasa un espacio de tiempo considerable, y durante él todo parece haberse concluido: la virtud predilecta del salvaje es la paciencia. En los peligros mas inminentes todo debe ofrecer el carácter ordinario, pues aunque el enemigo esté á las puertas, ningun guerrero dejará de fumar tranquilamente su calumet de paz, y sentado al sol con las piernas cruzadas, pasaria por una vieja.

Cualquiera que sea la pasion del jóven, su deber le impone la obligacion de afectar la indiferencia mas fria y esperar las órdenes de la familia. Segun la costumbre establecida, los esposos deben vivir primero en la cabaña de su pariente mas anciano; pero con mucha frecuencia, disposiciones particulares se oponen á la observancia de esta costumbre. El futuro esposo construye entonces su cabaña, eligiendo casi siempre para situarla algun valle solitario, junto á un riachuelo ó una fuente, y bajo un bosque que la pueda ocultar.

Todos los salvajes son como los héroes de Homero, médicos, cocineros y carpinteros. Para construir la choza nupcial, se clavan en tierra cuatro palos de un pié de circunferencia y doce de altura, y que están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelógramo de veinte piés de largo por diez y ocho de ancho. Unas mortajas abiertas en los palos, reciben unos travesaños que forman, llenando de tierra sus intervalos, las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos murallas longitudinales se practican dos aberturas, una de las cuales sirve de entrada al edificio, y la otra conduce á una segunda pieza, semejante á la primera, pero mas pequeña.

Nadie debe ayudar al presunto esposo mientras sienta los cimientos de su morada; pero adelantado ya su trabajo, todos sus compañeros le auxilian en él. Estos llegan cantando y danzando, y conduciendo instrumentos de albañilería hechos de madera, sirviéndoles de llana el homoplato de algun gran cuadrúpedo. Agarran la mano de su amigo, saltan sobre sus espaldas, se chancean con él acerca de su matrimonio, y concluyen la cabaña. Subidos sobre los palos y las paredes empezadas, forman el techo con cortezas de abedul y rastrojos de maiz; y mezclando pelos de

bestias salvajes y paja de avena—loca cortada con arcilla roja, cubren con esta mezcla las paredes interiores y exteriores. En el centro ó en una de las extremidades de la sala principal, colocan los obreros cinco largas pérticas que rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono hace los oficios de chimenea, y da salida al humo por una abertura practicada en el techo. Todo este trabajo se ejecuta en medio de algazara y cantos satíricos, cuyo mayor número son groseros, sin que por eso dejen de carecer de gracia algunos de ellos.

«La luna oculta su frente en una nube; está avergonzada y sonrojada porque sale del lecho del sol. Así se ocultará y se sonrojará... al dia siguiente de sus bodas, y nosotros la diremos: dejáenos ver tus ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las llanas, el chasquido de las ramas al romperse, las risas, los gritos y las canciones, se oyen á gran distancia, y las familias todas salen de sus aldeas para tomar parte en su regocijo.

Terminada la cabaña por la parte exterior, se la reviste con yeso por dentro si el país lo proporciona, y con greda en defecto del yeso; se arranca el césped que haya quedando dentro del edificio, y los obreros danzan en el suelo húmedo que bien pronto queda apisonado é igualado. Esteras de caña tapizan en seguida aquella área y las paredes de la habitacion, y en pocas horas se concluye una choza que con frecuencia encierra bajo su techo de corteza mas felicidad que la que se halla bajo las bóvedas de un palacio.

Al dia siguiente se llena la nueva habitacion con todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, escabeles, vasos de tierra y de madera, calderas, cubos, pernils de osos y dantas, tortas secas, gavillas de maiz y plantas para alimento ó remedios: estos diversos objetos se cuelgan en las paredes ó se colocan en tablas, y en un agujero guarnecido de cañas, se echa el maiz y la avena—loca. Los instrumentos de pesca, caza, guerra y agricultura, la esteva, los lazos, las redes hechas con la médula interior de la falsa palmera, los anzuelos, los dientes de castor, los arcos, las flechas, los rompe-cabezas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikues, los tamboriles, los pitos, los calumets, el hilo de nervio de cabra, la tela de morera ó abedul, las plumas, las perlas, los collares, el negro, el azul y el bermellon para el adorno, una multitud de pieles, unas adobadas y otras con pelo: tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña.

Ocho dias antes de la celebracion del matrimonio, la jóven se retira á la cabaña de las purificaciones, lugar retirado donde las mujeres entran y permanecen por espacio de tres ó cuatro dias por mes, y donde van á parir. Durante los ocho dias de retiro, el guerrero comprometido, caza: deja la caza en el punto donde la mató, y las mujeres la cogen y llevan á la cabaña de los parientes para el festin de las bodas. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llegado por fin el gran dia, los juglares y los principales saquems son invitados á la ceremonia. Muchos jóvenes guerreros van á buscar al desposado á su casa, mientras que otra porcion de doncellas van á buscar á la desposada á su cabaña. La pareja prometida se adorna con las plumas, collares y vestidos de pieles mas bellos, y de colores mas brillantes.

Ambas comitivas llegan al mismo tiempo, aunque por caminos distintos, á la choza del pariente mas anciano. Practicase una segunda puerta en aquella choza, en frente de la puerta ordinaria, y el esposo, rodeado de todos sus compañeros, se presenta por una de las puertas; la esposa rodeada de sus compañeras